
CORREO DE XEREZ

DEL LUNES 17 DE NOVIEMBRE

de 1806.



SIGUE LA COMEDIA: VIDA HUMANA.

Separé la vista de estas escenas ocultas y escondidas por llevarla á otras que seguramente hacian mas ruido, acupaban el centro, lo mas grande y lucido, casi todo el teatro, y eran en un todo visibiles. Empecélas á observar y fué tal la tropa de actores que ví en mi presencia, tal el alboroto, el bullicio y algarabia que cada uno armaba, tal la confusion que reynaba en la farsa y el poco orden, que en la accion habia, que me quedé tonto. Barbas, Galanes, Damas, Graciosos, sabios y tontos, cuerdos y locos, derechos y tuertos, buenos y malos, de todo tenia la *turba magna*, y todo estaba revuelto. Si hubiera de referir la multitud de cosas y las raras escenas, que tanto genero de farsante, ó solo ó reunido, me presentó y yo presencié, no diera fin en un año ni dixera la quarta parte. Solo contaré las que el carácter y conducta de algunos particulares actuaron cerca de mí.

Ví

Ví hombres que eran afables, urbanos, arreglados, sencillos, sin engaño ni dolo, justos, religiosos, amantes de la paz y del buen orden, fieles en sus palabras, amigos de hacer bien, humanos, obsequiosos, y en fin, adornados de aquellas buenas qualidades que hacen á una persona amable y amada de todos en la sociedad. Estos hombres hermoseaban el teatro y eran motivo de consuelo á los espectadores. Por lo menos yo sentí en mi alma un grande regocijo quando encontré en ellos el socorro del indigente, el refugio del perseguido, el asilo del menos poderoso, el auxilio del oprimido y la seguridad de todo el que se acoja baxo su proteccion. Grande era el numero de estos que honraban la humanidad; pero era mucho mayor el de otros que afeaban alguna de estas buenas qualidades que tenian, con alguna otra abominable y odiosa. Ví unos que obscurecian su afabilidad con la lascivia, otros su magnificencia con la ambicion, su fortaleza con la crueldad, su urbanidad con el engaño, su equidad con el interes, su constancia con la soberbia, su beneficencia con la ira, su fidelidad con la envidia, ú otras muchas virtudes con alguno de los vicios que por desgracia rara vez se separan de la habitacion de aquellas. Ví otros muchos que manifestaban un corazon inclinado á todo lo vicioso por una como fuerza bastante violenta de su naturaleza y que se dexaban arrastrar de su apetito sin ponerle el freno que la religion y la razon prescriben. Tenian en si un conjunto de todos los vicios y á todos hubieran servido, si

esto hubiera sido posible. Pero como no lo es, sacrificaban alguna vez sus deseos y practicaban acciones opuestas á muchos por satisfacer y disfrutar aquel que mas los dominaba. Estos y los anteriores me hicieron ver escenas bastante ridículas.

Ví algunos que por la codicia y deseo de amontonar no reparaban en los medios de que se valian para ello: así los ví cometer usuras, forjar trampas, engaños, falsificaciones, de mala fé en los contratos y amigos de sorprehender la imprecaucion, la sencillez y la ignorancia; pero estos no eran en grande numero, y los que yo pude ver estaban malquistos y aborrecidos de todo el mundo. Muchos mas eran los que ví poseidos de la misma pasion, pero mas mirados en los medios de satisfacerla, pues usaban de otros mas conformes á la conciencia y á la razon: sin embargo me dieron mucho que reir porque ademas de no gastar con sus amigos y con aquellos que les prestaban su confianza, la franqueza y buena armonia que pide la mutua correspondencia, andaban siempre por el miedo de soltar un ochavo timidos, apocados y pensativos, estaban secos y macilentos, y eran muy interesados, ruines, molestos, desconfiados, ridículos en su porte, pocos en su mesa, glotones en la agena, ayunadores, penitentes ó mas bien martires del demonio é idolatras del dinero.

Ví otros que por el fluxo de mandar y ser superiores no respetaban derecho alguno ni escuchaban

chaban las voces de la sangre, de la amistad, ni aun de la misma Religion. Era para mí una diversion ver á estos acongojados, impacientes, secos y tristes mientras que no conseguian satisfacer su apetito. Empleaban para ello todos los medios que su imaginacion acalorada le sugeria: la fuerza, el favor y muchas veces el dinero con que compraban los puestos eminentes, sin antes exâminar, si tenian en sí capacidad suficiente para poder desempeñarlos. En otros reparé que á este monstruoso anhelo juntaban el otro muy semejante de la independencian, y que como Julio Cesar querian mas ser los primeros en una humilde choza que los segundos en un gran palacio: por dar satisfaccion á este deseo los ví mover pendencias, riñas y desasosiegos en los pueblos, en las juntas, collegios ó congregaciones de que eran miembros, y aun en su propia familia.

Otros ví que por adquirir fama, sin cuidar de que fuese buena ó mala, por tal que su nombre permaneciese algun tiempo entre los hombres, se arrojaban á hacer las acciones mas ruines y viles y los atentados mas horribolos: semejantes á aquel humilde é insensato pastor Eróstrato, que por eternizar su memoria dió fuego al famoso templo de Diana.

A otros ví en quienes tenia el supremo dominio la luxuria y molicie. Estaban algunos de ellos tan corrompidos que se ofrecian totalmente en las aras de Venus, dirigian su conducta por las locuras de esta deidad y aparecian como verdaderas bestias en la

la sociedad de los demas hombres. Lastimosa fué la escena que estos me presentaron, y por desgracia eran infinitos los que la actuaban. Andaban siempre á caza de beldades y á todas dirigian sus tiros. A todas hacian la guerra, á todas querian asaltar y por encontrar las fortalezas inclinadas á entregarse solian conquistar no pocas. Gastaban todos los instantes del dia y de la noche en buscar é inventar los medios de apoderarse de ellas, en exáminar la parte por donde flaqueaban para dirigirse ácia allí, y como esto no era difícil de averiguar, empleaban las armas mas oportunas y ví muchas veces usar de las mas viles. A unas ganaban por el regalo y por el oro, arma poderosísima contra este género de baterias, á otras por el engaño, á otras no sé si diga por la violencia, y á otras finalmente conquistaban sin necesidad de ataques, porque bastaba ponerse delante para hallarselas rendidas. Los espectáculos que me hizo ver esta clase de farsantes fueron de lo mas ridiculo. Y si las escenas de los anteriores no tenian por lo regular buen éxito, las de estos empezaban siempre por comedia y acababan con tragedia, ó ya por las que ocasionaba el vencer los obstaculos que impedian conseguir y poseer con tranquilidad el objeto de este apetito, ó ya por las infelices conseqüencias que su desfoque y satisfaccion solia acarrear. Ví unos que se irritaban y se enfurecian con qualquiera resistencia ó dificultad que encontrasen en la execucion de sus designios, pues tenian en poco privar de la vida á uno, dos, tres ó mas de sus semejantes

tes por gozar ellos de su brutal deleyte: que profesaban un odio mortal á las potestades superiores que les ponian algun freno, y que en fin, llegaban por este camino á desear con ansia que no hubiese prohibicion alguna humana ni divina, y aun tal vez se propasaban á creer que no hay Ley ni Legislador. ¡Tan ciegos los tenia su pasion! Y entre ellos ví muchos que despues de haber perdido su honor y su hacienda, como casi todos los de esta compañía, andaban con la máquina de su cuerpo desbaratada, sia fuerza ni consistencia, oprimidos de males y agoviados de enfermedades y miserias.

Se continuará.

LOS NIÑOS BIENHECHORES:

el Reconocimiento.

Estaba yo una mañana entretenido en el ameno valle de B... observando las bellezas de la naturaleza, quando divisé á lo lejos á Luisita y Lucas, los graciosos hijos de Pedro y Matilde, que alegres venian saltando por la pradera con su desayuno. Regocijábame en ver sus inocentes diversiones, quando al pasar junto á ellos un pobre viejo cubierto de andrajos, oí á Luisita que decia á su hermano lo siguiente: ¿ves este anciano, Lucas? ¿Que trazas tiene de infeliz! Acaso no habrá comido en mucho tiempo.... si le dieramos nuestro almuerzo.... tal vez.... ¡oh, si es preciso.... todas sus acciones indican su necesidad!

En esto llama al anciano y le obliga á que
acep-

acepte aquel corto don. El buen hombre no tenia palabras para dar gracias á aquellas amables criaturas; al fin, haciendoles de la mano, exclamó enternecido: „inocentes niños, sin vuestra compasion me habria tal vez muerto de hambre, vosotros me dais la vida.“

Pedro que estaba trabajando en el cercano vergel, presenció desde lejos esta gustosa, aunque melancolica escena: corrió hácia sus hijos y abrazandolos tiernísimamente, les dixo: ¡ah! conservad siempre, hijos míos, la preciosa inclinacion y costumbre de socorrer á los menesterosos.

Mirando despues con la mayor atencion al anciano, exclamó sorprendido: ¡amigo mio, me parece que tus facciones no me engañan... no, yo te conozco! ¿No eres el valiente Lavalier, Sargento de una compañía de milicias? ¡Ay! si yo soy, respondió tristemente el anciano.

Entonces abrazandole Pedro, le preguntó: ¿y qué no me conoces, no te acuerdas de Pedro aquel joven que tantos favores te debe y á quien conseguiste la licencia que solicitaba quando queria casarse? Sí, te he conocido inmediatamente, pero no he querido declararme; soy desgraciado y la experiencia me ha enseñado que los infelices solo inspiran la indiferencia, aun á aquellos mismos que se decian sus mejores amigos. ¡Oh Lavalier! ¿Y puedes pensar?... Dame esa mano, dexa que la ponga sobre mi corazon: mira como late. ¿Pero qué accidente te ha reducido á tan deplorable estado? „La injusticia y la venganza de un superior que mandando á unos valientes guerreros, exigió de mí ciertas cosas que no se acomodaban

con

con la honradez, y que mi honor no podia consentir que executase. Me atreví á hablarle con franqueza; pero parece que su alma no conocia el valor de esta recomendable virtud: no le gustaron mis reflexiones, y á poco tiempo, baxo pretexto de que ya no me hallaba en estado de desempeñar mis funciones, recibí orden para que me saliese del Regimiento. ¿Es este el premio de tantas heridas recibidas por la defensa de mi patria? ¿Es este el galardón reservado á quarenta años de servicio? Al momento conocí quien era el autor de este golpe: obedecí, pues, sin quexarme y me retiré sin reclamar á nadie. Desde entonces me veo precisado para mantener mi penosa existencia á mendigar el pan que riego con mis amargas lágrimas. ¡Oh respetable Lavalier! No las derramarás en adelante. Aqui te has de quedar con nosotros y tus dias correrán en nuestra compañía en el seno de la ventura y la tranquilidad. Mi muger y yo estamos todavia robustos, á Dios gracias, y nuestra complacencia llegará al colmo conservando tu subsistencia con el sudor de nosotros.

Tanta era la conmocion de Lavalier que no podia hablar; pero todas sus acciones indicaban el mas admirable agradecimiento. El honrado Pedro le dió el brazo, y tomando el camino de la cabaña, encontraron alli cerca á Matilde que guiada de sus dos hijos, salia á recibir al desgraciado y virtuoso Lavalier. (1) Queda de usted Señor Editor su servidor y amigo. R. T.

Madrid 28 de Octubre de 1806.

(1) *Opusculs de Gosvvin Stalsart.*